

Karl Ove Knausgård

La muerte del padre

Mi lucha: Tomo I

Traducción del noruego
de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Min kamp. Første bok
© Forlaget Oktober AS
Oslo, 2009

Publicado con la ayuda de NORLA

Ilustración: Tor Erik H. Mathiesen / VG / NTB scanpix

Primera edición: septiembre 2012

Tercera edición: marzo 2015

Primera edición impresa en Argentina: octubre 2012

Segunda edición impresa en Argentina: abril 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7844-8

Depósito Legal: B. 18219-2012

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Arcángel Maggio División Libros - Buenos Aires

Primera parte

La vida es sencilla para el corazón: late mientras puede. Luego se para. Antes o después, algún día ese movimiento martilleante se para por sí mismo y la sangre empieza a correr hacia el punto más bajo del cuerpo, donde se concentra en una pequeña hoya, visible desde fuera como una zona oscura y blanda en la piel cada vez más blanca, a la vez que la temperatura baja, los miembros se endurecen y el intestino se vacía. Los cambios de las primeras horas ocurren tan lentamente y se realizan con tanta seguridad que recuerdan algo ritual, como si la vida capitulara según determinadas reglas, una especie de *gentlemen's agreement* por el que se rigen también los representantes de lo muerto, ya que siempre esperan a que la vida se haya retirado para iniciar la invasión del nuevo paisaje. Entonces, en cambio, es irrevocable. Nada puede ya detener a las enormes colonias de bacterias que empiezan a expandirse por el interior del cuerpo. Si lo hubieran intentado tan sólo unas horas antes, se habrían encontrado con una gran resistencia, pero ahora todo está quieto en torno a ellas, y penetran cada vez más en lo húmedo y lo oscuro. Alcanzan los canales de Havers, las criptas de Lieberkühn, las islas de Langerhans. Alcanzan la cápsula de Bowman en los riñones, la columna de Clarke en la médula espinal, la sustancia negra en el mesencéfalo. Y alcanzan el corazón.

Éste sigue intacto, pero como ya no goza del movimiento al que toda su construcción está dirigida, hay algo de abandonado en él, podríamos imaginarnos algo así como una obra que los obreros han tenido que abandonar a toda prisa, la maquinaria inmóvil brillando con luz amarillenta hacia la oscuridad del bosque, los barracones vacíos, las vagonetas del funicular colgando cargadas hasta los topes por la ladera.

En el instante en que la vida abandona el cuerpo, el cuerpo pertenece a lo muerto. Las lámparas, las maletas, las alfombras, las manillas de las puertas, las ventanas. Los campos labrados, los pantanos, los arroyos, las nubes, el cielo. Nada de todo esto nos es desconocido. Estamos constantemente rodeados de objetos y fenómenos del mundo muerto. Y, sin embargo, hay pocas cosas que nos desagraden más que ver a un ser humano capturado en ese mundo muerto, al menos a juzgar por los esfuerzos que hacemos por mantener los cuerpos muertos fuera de nuestra vista. En los hospitales grandes no sólo se guardan escondidos en oportunas salas inaccesibles, sino que también las vías para llegar hasta ellas están ocultas, con ascensores y caminos propios por los sótanos, y aunque por casualidad uno diera con alguno de esos lugares, los cuerpos muertos con los que se encontraría en las camillas están siempre tapados. Para llevárselos del hospital se sacan por una salida especial, en coches con ventanillas tintadas. En el recinto del cementerio hay para ellos una sala especial sin ventanas; durante la ceremonia funeraria están metidos en ataúdes cerrados, hasta que son enterrados o quemados en el horno. Resulta difícil encontrar alguna razón práctica que justifique este procedimiento. Los cuerpos muertos podrían por ejemplo llevarse sin tapar en camillas por los pasillos del hospital, y de allí transportarse en un taxi normal y corriente, sin que eso representara ningún riesgo para nadie. Ese anciano que se muere en el cine durante la proyección podría quedarse sentado en su asiento

hasta que acabara la película, por no decir también durante la sesión siguiente. El profesor que sufre un infarto en el patio de recreo no tiene por qué ser sacado de allí a toda prisa, pues no pasa nada si se queda en el suelo hasta que el conserje pueda ocuparse de él, aunque no sea hasta bastante más tarde. Si un pájaro se posara sobre él y lo picoteara, ¿qué podría importar? ¿Es mejor lo que le espera en la tumba sólo porque nosotros no lo vemos? Mientras el muerto no estorbe físicamente, no hay razón alguna para tanta prisa, pues no puede morir por segunda vez. Esto vale sobre todo para las épocas de frío. Los indigentes que mueren congelados sobre bancos y en portales, suicidas que saltan de puentes y de edificios altos, ancianas que caen fulminadas en las escaleras de su casa, muertos por accidente que quedan atrapados en sus coches destrozados, el joven que embriagado cae al mar tras una noche de juerga, la niña pequeña que acaba bajo las ruedas de un autobús, ¿por qué esas prisas para esconderlos? ¿No sería más decente permitir a los padres de la niña verla una o dos horas más tarde, yaciendo en la nieve junto al lugar del accidente, con la cabeza destrozada visible, así como el cuerpo entero, el pelo manchado de sangre y la chaqueta de plumas limpia? La niña estaría abierta hacia el mundo, sin secretos. Pero incluso esa única hora en la nieve es impensable. Una ciudad que no mantiene a sus muertos fuera de la vista, una ciudad donde se los puede ver diseminados por calles y parques, en los aparcamientos, no es una ciudad, sino un infierno. El que este infierno refleje nuestras condiciones de vida de un modo más realista y estrictamente más verdadero no importa. Sabemos que es así, pero no queremos verlo. Y de ahí viene ese acto colectivo de represión que constituye la reclusión de los muertos.

Ahora bien, no resulta fácil decir qué es exactamente lo que reprimimos. No puede ser la muerte en sí, pues su presencia en la sociedad es demasiado grande para ello. El número de muertos indicado en los periódicos y mostrados en la televisión a diario varía un poco según las circunstancias, pero de año en año

debe de tratarse de un número bastante constante, y como está disperso entre tantos canales, es casi imposible de evitar. Esa muerte, sin embargo, no parece amenazante. Al contrario, es algo que queremos y por lo que pagamos gustosamente para ver. Si añadimos esa enorme cantidad de muertes que produce la ficción, resulta aún más difícil entender el sistema que mantiene ocultos a los muertos. Si la muerte como fenómeno no nos aterrera, ¿por qué entonces ese malestar ante los cuerpos muertos? Tiene que significar que existen dos clases de muerte, o que existe una contradicción entre nuestra idea de la muerte y la muerte como es realmente, lo que en el fondo es lo mismo: lo esencial en este contexto es que nuestra idea de la muerte tiene una fijación tan fuerte en nuestra conciencia que no sólo nos estremecemos al ver que la realidad no concuerda con ella, sino que también intentamos ocultarlo por todos los medios. No como resultado de una meditada ponderación, como es el caso de los ritos, por ejemplo, el funerario, cuyo contenido y sentido en nuestro tiempo puede negociarse y de esa manera ser trasladado de la esfera irracional a la racional, de la colectiva a la individual..., pues la manera en que apartamos de la vista a los muertos nunca ha sido objeto de discusión, siempre ha sido algo que hemos hecho sin más, basándonos en una necesidad que nadie es capaz de razonar, pero que todo el mundo conoce: si tu padre se muere en el césped un ventoso domingo de otoño, si puedes lo metes en casa, y si no, al menos lo tapas con una manta. Pero ese impulso no es el único que tenemos ante los muertos. Igual de llamativo que el hecho de que siempre escondamos a los muertos es que siempre haya que bajarlos cuanto antes al nivel del suelo. Un hospital que lleve hacia arriba a sus muertos, que coloque sus salas de autopsia y de cadáveres en las plantas superiores del edificio, resulta más o menos impensable. A los muertos se los guarda lo más cerca posible del suelo. Y el mismo principio se transfiere a las empresas que se ocupan de ellos: una compañía de seguros puede muy bien tener sus ofici-

nas en la octava planta, pero no así una funeraria. Todas las funerarias tienen sus oficinas lo más cerca posible del nivel de calle. No resulta fácil saber por qué es así; uno podría sentirse tentado a creer que se debería originalmente a una vieja convención que en un principio tenía un objetivo práctico, como por ejemplo que el sótano es frío y por ello el lugar más adecuado para guardar los cadáveres, y que este principio se ha mantenido hasta nuestros tiempos de neveras y cámaras frigoríficas, si no fuera porque la idea de transportar a los muertos hacia arriba en los edificios nos resulte *contra natura*, como si altura y muerte se excluyesen recíprocamente. Como si dispusiéramos de una especie de instinto ctónico, algo muy dentro de nosotros que tiene que bajar a nuestros muertos a esa tierra de la que procedemos.

Con esto puede parecer que la muerte se distribuye a través de dos sistemas diferentes, uno relacionado con ocultación y peso, tierra y oscuridad, y el otro con transparencia y levedad, éter y luz. Un padre y su hijo son abatidos en el momento en que el padre intenta sacar a su hijo de la línea de fuego en una ciudad de algún lugar de Oriente Medio, y la imagen de ambos, estrechamente abrazados en el instante en que las balas les penetran en la carne y los cuerpos parecen temblar, es capturada por una cámara, enviada a más de mil satélites que se mueven en órbita alrededor de la tierra y difundida a los televisores del mundo entero, desde los que se deslizan dentro de nuestra conciencia como una imagen más de muertos o agonizantes. Estas imágenes no tienen ningún peso, ninguna extensión. Ningún tiempo o lugar, y tampoco ninguna relación con esos cuerpos a los que pertenecían en un principio. Están en todas partes y en ninguna. La mayoría de ellas simplemente se deslizan a través de nosotros y desaparecen, algunas se quedan, por razones diversas, a vivir su propia vida en la oscuridad de nuestro cerebro. Una esquiadora se cae en pleno descenso y se secciona una

arteria del muslo, la sangre chorrea tras ella cuesta abajo en la nieve blanca, la esquiadora está muerta antes de que su cuerpo se detenga. Un avión despega, salen llamas de las alas al tomar altura, el cielo por encima de las casas del extrarradio está azul, el avión estalla en una bola de fuego debajo de él. Un barco pesquero se hunde una tarde en la costa del norte de Noruega, la tripulación formada por siete personas se ahoga, a la mañana siguiente el suceso está en todos los periódicos, porque es considerado un misterio, el mar estaba en calma y desde el barco no se había lanzado ninguna bengala de socorro, simplemente desapareció, hecho en el que insisten los reporteros televisivos, sobrevolando el lugar del naufragio y mostrando las imágenes del mar vacío. Está nublado, y las olas de color verde grisáceo son tranquilas y lentas, como si tuvieran un temperamento distinto al de las crestas rápidas y curvas que aparecen de vez en cuando. Estoy sentado solo viéndolo, seguramente es primavera, porque mi padre está trabajando en el jardín. Miro fijamente la superficie del mar, sin escuchar lo que dice el reportero, *y de repente aparece el contorno de un rostro*. No sé de cuánto tiempo se trata, tal vez de unos segundos, pero lo suficiente para causarme una hondísima impresión. En el instante en que la imagen desaparece, me levanto a buscar a alguien a quien contárselo. Mi madre tiene guardia esa noche, mi hermano está jugando un partido, y los demás chicos de la urbanización no me quieren escuchar, así que tendré que decírselo a papá, pienso, bajo la escalera a toda prisa, me pongo los zapatos y la chaqueta, abro la puerta y salgo disparado. Tenemos prohibido correr por la parcela, de manera que justo antes de entrar en el campo de visión de mi padre, reduzco la velocidad y me pongo a andar. Él está en la parte trasera de la casa, metido en lo que va a ser la huerta, golpeando una roca con un mazo. Aunque el hoyo sólo tiene un par de metros de profundidad, la negra tierra excavada que está pisando y el tupido conjunto de serbales que crecen al otro lado de la valla detrás de él anticipan la penumbra del crepúsculo. Cuando

se endereza para volverse hacia mí, su cara está casi oculta por la oscuridad.

Y sin embargo dispongo de información más que suficiente sobre el humor del que se encuentra. Lo suyo no está en la expresión de la cara, sino en el lenguaje del cuerpo, y no se interpreta con los pensamientos, sino con la intuición.

Deja el mazo en el suelo y se quita los guantes.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—He visto ahora mismo en la televisión una cara en el mar —digo parándome en el césped delante de él. El vecino acaba de talar un pino y el aire está impregnado de un fuerte olor a la resina de los leños al otro lado de la valla de piedra.

—¿Un buzo? —dice mi padre. Sabe que me interesan los buzos, y no es capaz de imaginarse que me interese otra cosa tanto como para salir y contárselo.

Niego con la cabeza.

—No era una persona. Sino una especie de imagen en el mar.

—¿Una especie de imagen, dices? —pregunta, sacando el paquete de tabaco del bolsillo de la camisa.

Esta vez asiento con la cabeza y me doy la vuelta para volver a meterme en casa.

—Espera un momento —dice él.

Enciende una cerilla e inclina ligeramente la cabeza hacia delante para encender el cigarrillo. La llama excava una pequeña cueva de luz en el crepúsculo gris.

—Vaya —dice.

Tras haber inhalado profundamente, coloca un pie en la roca y se pone a mirar el bosque al otro lado de la calle. O acaso sea el cielo por encima de los árboles lo que contempla.

—¿Sería de Jesús la imagen que has visto? —pregunta, mirándome desde abajo. Si no fuera por la voz amable y la larga pausa antes de la pregunta, habría creído que me estaba tomando el pelo. Le incomoda un poco que yo sea creyente; todo lo que quiere de mí es que no me distinga de los demás y de todos

esos chicos de los que nuestra urbanización está repleta, su hijo pequeño es el único que se denomina creyente.

Pero ahora está realmente intrigado.

Noto una leve sensación de placer porque muestra cierto interés, a la vez que me siento un poco ofendido porque me subestime de esa manera.

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—No era de Jesús —contesto.

—Estoy tentado de decir que menos mal —dice mi padre con una sonrisa. Arriba en la cuesta se oye el lejano silbido de llantas de bicicleta sobre el asfalto. El sonido crece rápidamente, y hay tanto silencio en la urbanización que el tono bajo y cantarín que surge dentro del silbido suena nítidamente cuando la bicicleta pasa por la calle cerca de nosotros un instante después.

Mi padre da otra calada al cigarrillo, para acto seguido tirarlo a medio fumar al otro lado de la valla, tose un par de veces, se pone los guantes y vuelve a coger el mazo.

—No pienses más en ello —dice, mirándome fijamente a los ojos.

Yo tenía ocho años aquella tarde, mi padre treinta y dos. Aunque sigo sin entenderlo, ni sé qué clase de persona fue, el hecho de que yo ahora tenga siete años más de los que él tenía entonces, me hace entender mejor ciertas cosas. Por ejemplo, la gran diferencia entre mis días y los suyos. Los míos estaban repletos de sentido, cada paso abría una nueva posibilidad, y cada posibilidad me llenaba del todo de una manera que ahora me resulta incomprensible, en cambio el sentido de sus días no se centraba en acontecimientos aislados, sino que se extendía por superficies tan grandes que sólo era posible captar mediante conceptos abstractos. «Familia» era uno, «carrera» otro. En el transcurso de sus días se abrirían pocas o ninguna posibilidades ines-

peradas, sabría siempre a grandes rasgos lo que le esperaba y cómo tenía que actuar ante ello. Él ya llevaba doce años casado, y ocho trabajando de profesor en la enseñanza media, tenía dos hijos, casa y coche. Había sido elegido concejal del ayuntamiento como representante del Partido Liberal. En los meses de invierno se dedicaba a la filatelia, con bastante éxito; en el transcurso de poco tiempo se había convertido en uno de los más destacados coleccionistas de sellos de la región, y en los meses de verano, la horticultura ocupaba todo su tiempo libre. De lo que ocupaba su mente esa tarde de primavera no sé nada, ni tampoco sé qué imagen tenía de sí mismo cuando se enderezó en la penumbra con el mazo en las manos, pero estoy casi seguro de que creía entender bastante bien el mundo que le rodeaba. Sabía quiénes eran todos los vecinos de la urbanización y qué posición social tenían con respecto a él, y es probable que también supiera bastante sobre cosas que ellos hubiesen preferido ocultar, tanto porque era el profesor de sus hijos, como porque captaba con cierta facilidad las debilidades de los demás. Como parte de esa nueva clase media bien instruida, también estaba muy informado sobre ese mundo más grande del que hablaban todos los días los periódicos, la radio y la televisión. Sabía bastante de botánica y zoología, pues había sido una de sus grandes aficiones en la infancia, y aunque no fuera un especialista en ciencias exactas, al menos conocía sus principios básicos desde el bachillerato. Más ducho estaba en la asignatura de historia, que era lo que había estudiado en la universidad, además de noruego e inglés. No era, en otras palabras, especialista en nada, excepto tal vez en pedagogía, pero sabía un poco de todo. En ese sentido, era un típico profesor de bachillerato elemental, teniendo en cuenta que se trataba de una época en la que lo de enseñar en el bachillerato elemental tenía todavía cierto prestigio. El vecino que vivía al otro lado de la valla de piedra, Prestbakmo, era profesor en el mismo instituto, al igual que Karlsen, que vivía en lo alto de la cuesta cubierta de árboles

que había detrás de nuestra casa. Otro de los vecinos era Knudsen, subdirector de otro instituto de enseñanza media. De modo que cuando mi padre levantó el mazo por encima de la cabeza y lo dejó caer contra la roca esa tarde primaveral a mediados de la década de 1970, lo hizo en un mundo que conocía y con el que se sentía familiarizado. Hasta que alcancé su misma edad, no comprendí que también había que pagar un precio por eso. Cuando la visión de conjunto del mundo se amplía, no sólo disminuye el dolor que causa, sino también el sentido. Entender el mundo equivale a colocarse a cierta distancia de él. Lo que es demasiado pequeño para verlo a simple vista, como las moléculas, lo ampliamos; lo que es demasiado grande, como el sistema de las nubes, los deltas de los ríos, las constelaciones, lo reducimos. Cuando lo tenemos al alcance de nuestros sentidos, lo fijamos. A lo fijado lo llamamos conocimiento. Durante toda nuestra infancia y juventud nos esforzamos por establecer la distancia correcta de cosas y fenómenos. Leemos, aprendemos, experimentamos, corregimos. Y un día llegamos a un mundo en el que se han fijado todas las distancias necesarias, y establecido todos los sistemas. Es entonces cuando el tiempo empieza a correr más deprisa. El tiempo ya no se encuentra con obstáculos, todo está fijado, el tiempo fluye a través de nuestras vidas, los días desaparecen a toda velocidad, antes de suspirar hemos llegado a los cuarenta años, a los cincuenta, a los sesenta... El sentido requiere plenitud, la plenitud requiere tiempo, el tiempo requiere resistencia. El conocimiento es igual a distancia, el conocimiento es estancamiento y enemigo del sentido. La imagen que tengo de mi padre de aquella tarde de 1976 es, en otras palabras, doble: por un lado lo veo como lo veía entonces, con los ojos del chaval de ocho años, imprescindible y aterrador, por otra parte lo veo como a alguien de mi misma edad, a través de cuya vida sopla el tiempo, llevándose consigo pedazos de sentido cada vez más grandes.

El sonido del mazo contra la roca resonaba por toda la urbanización. Un coche subía por la suave cuesta desde la carretera principal con los faros encendidos. La puerta de los vecinos se abrió, Prestbakmo se detuvo en el umbral para ponerse los guantes de trabajo y fue como si husmeara el claro aire vespertino, antes de coger la carretilla y llevársela por el césped. La roca contra la que mi padre daba mazazos olía a pólvora, a pino de los leños detrás de la valla de piedra, a tierra recién excavada y a bosque, y en el suave viento del norte había un aroma a sal. Pensé en ese rostro que había visto en la televisión. Aunque no habían pasado más que un par de minutos desde la última vez que pensé en ello, algo había cambiado. Ahora era la cara de mi padre la que veía.

Dejó de dar golpes en el hoyo.

—¿Todavía estás ahí, chico?

Asentí con la cabeza.

—Entra ya.

Me disponía a hacerlo.

—Y oye...

Me detuve y volví la cabeza, interrogante.

—Nada de correr esta vez.

Lo miré boquiabierto. ¿Cómo podía saber que había corrido?

—Y cierra la boca —añadió—. Pareces un idiota.

Hice lo que me mandaba, cerré la boca y rodeé la casa despacio. Cuando llegué a la parte delantera, el callejón estaba lleno de niños. Los más mayores formaban un círculo con sus bicicletas, que en la penumbra parecían ser parte de sus cuerpos. Los pequeños jugaban al escondite. Los que ya habían sido encontrados estaban dentro de un círculo dibujado con tiza en la acera, los demás estaban escondidos por el bosque, fuera de la vista del que contaba, pero no de la mía.

Las luces de los mástiles del puente llameaban suavemente sobre las negras copas de los árboles. Otro coche subía por la cuesta. A la luz de los faros aparecieron primero los chicos de las bicicletas, un fogonazo de reflejos, metal, cazadoras de plumas, ojos negros y caras blancas, luego los niños jugando, que sólo habían dado un paso hacia un lado para dejar pasar al coche, y que permanecían como fantasmas mirándolo.

Eran los Trollnes, los padres de Sverre, un chico de mi clase. Al parecer él no iba con ellos.

Me volví y seguí con la vista los faros traseros rojos, hasta que desaparecieron por la cuesta. Entré en casa. Estuve un rato intentando leer en la cama, pero no conseguí tranquilizarme lo suficiente, así que fui a la habitación de mi hermano Yngve, desde donde podía ver a mi padre por la ventana. Mientras lo veía, sabía dónde lo tenía, y en cierto modo esa certeza era lo más importante. Conocía sus estados de ánimo, y hacía ya mucho que había aprendido a predecirlos gracias a una especie de sistema de categorización subconsciente, comprendí más tarde, en el que la relación entre algunas magnitudes fijas bastaban para saber lo que me esperaba, de tal manera que podía estar preparado. Una especie de meteorología de la mente... La velocidad del coche al subir la suave pendiente hasta casa, el tiempo que tardaba en apagar el motor, coger sus cosas y bajarse, la manera en que miraba a su alrededor cuando cerraba con llave el coche, los matices de los diversos sonidos que subían desde la entrada cuando se quitaba la ropa de abrigo, todo eran señales, todo podía interpretarse. De todo esto se deducía dónde había estado, cuánto tiempo había estado fuera y con quién, antes de llegar a la conclusión, que era la única parte del proceso que yo conocía. En consecuencia, lo que más miedo me daba era cuando él simplemente *llegaba*... Cuando yo por alguna razón no había prestado *atención*...

¿Cómo demonios podía saber que había corrido?

No era la primera vez que de un modo incomprensible me descubría. Una tarde de aquel otoño, por ejemplo, había escon-

dido una bolsita de chucherías debajo del edredón de mi cama, porque intuía que él entraría en mi habitación y no se creería la explicación de cómo había conseguido el dinero para comprarlas. Cuando entró, se quedó mirándome unos segundos, como había imaginado.

—¿Qué escondes en la cama? —preguntó.

¿Cómo *podía* saberlo?

Fuera, Prestbakmo encendió la potente lámpara que colgaba sobre el pequeño espacio donde solía trabajar. La nueva isla de luz que emergió de la oscuridad estaba repleta de cosas que él se quedó mirando, inmóvil. Montones de botes de pintura, frascos con brochas y pinceles, trozos de leña y de tablas, lonas dobladas, neumáticos, un cuadro de bicicleta, varias cajas de herramientas, botes con tornillos y clavos de todos los tamaños y formas, bandejas con cartones de leche llenas de flores recién sembradas, sacos de cal, una manguera enrollada, y, apoyado en la pared, un tablero con dibujos de toda clase imaginable de herramientas, seguramente destinado al cuarto de bricolaje del sótano.

Cuando volví a mirar a mi padre, éste estaba cruzando el césped con el mazo en una mano y una pala en la otra. Retrocedí un par de pasos. En ese instante se abrió la puerta de la calle. Era Yngve. Miré el reloj. Las ocho y veintiocho. Cuando acto seguido subió la escalera con esa manera de andar característica, como sobresaltada, un poco como un pato, que habíamos inventado con el fin de andar deprisa por casa sin hacer ruido, estaba rojo y sin aliento.

—¿Dónde está papá? —preguntó al entrar en la habitación.

—Fuera, en el jardín —contesté—. Pero no llegas tarde. Mira, son las ocho y media *ahora*.

Alargué el brazo con el reloj de pulsera.

Pasó por delante de mí y sacó la silla de debajo del escritorio. Seguía oliendo como olía fuera. Aire frío, bosque, gravilla, asfalto.

—¿Has tocado mis cintas de casete? —preguntó.

—No.

—¿Entonces qué estás haciendo en mi habitación?

—Nada —respondí.

—¿Y eso no puedes hacerlo en tu habitación?

Abajo volvió a abrirse la puerta de fuera. Esta vez sonaron los pasos de mi padre. Se había quitado las botas antes de entrar, como hacía siempre, e iba al cuarto de la lavadora a cambiarse de ropa.

—He visto una cara en el mar en el telediario —dije—. ¿Has oído algo de eso? ¿Sabes si la ha visto alguien más?

Yngve me miró con una expresión medio interrogante, medio de rechazo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Sabes ese barco pesquero que se hundió?

Hizo un gesto afirmativo apenas visible.

—Cuando salió en la tele el lugar donde se hundió, vi una cara en el mar.

—¿Un cadáver?

—No. No era una cara de verdad. Era como una especie de imagen de una cara que formaba el mar.

Me miró un instante sin decir nada. Luego se llevó el dedo a la sien y se puso a darle vueltas.

—¿No me crees? —dije—. Es verdad.

—Lo que es verdad es que eres un inútil.

Como mi padre abrió en ese instante el grifo de abajo, pensé que sería mejor que me fuera ya a mi habitación para no correr el riesgo de encontrármelo por el pasillo. Al mismo tiempo, no quería darle la razón a Yngve.

—Tú sí que eres un inútil —dije.

Ni siquiera se molestó en responder. Se limitó a volverse hacia mí y a enseñar los dientes de arriba, soplando aire por entre ellos como un conejo. Ese gesto se refería a mis dientes, que los tenía muy salidos. Miré hacia otro lado y salí de la habitación

antes de que viera que estaba llorando. Estando solo no me importaba llorar. Y esta vez no había pasado nada, ¿no?, porque él no lo había visto.

Me detuve delante de la puerta de mi habitación, pensando un momento si entrar o no en el baño para refrescarme la cara y eliminar las huellas. Pero mi padre ya estaba subiendo la escalera, así que me contenté con secarme los ojos en la manga del jersey. La fina capa de líquido que el material seco extendió por la superficie del ojo hizo temblar las superficies y colores de la habitación, como si de repente se hubiera hundido y se encontrara ya debajo del agua, y tan fascinante era el espectáculo que levanté los brazos y di unas brazadas, mientras me acercaba lentamente al escritorio. En mi imaginación tenía en la cabeza una escafandra de metal de la primera época del buceo, cuando andaban por el fondo con zapatos de plomo y gruesos trajes de algo parecido a piel de elefante, con un tubo de oxígeno fijado a la cabeza como una especie de trompa. Respiré por la boca dando pequeños soplos y durante un rato caminé con dificultad por el cuarto, con los movimientos pesados y lentos de un antiguo buceador, hasta que el terror empezó a meterse lentamente dentro de mi boca como agua fría.

Unos meses antes había visto la serie de televisión *La isla misteriosa*, basada en la novela de Julio Verne, y esa historia sobre los hombres que aterrizaron en un globo en una isla desierta del Atlántico me impresionó hondamente desde la primera imagen. Todo estaba cargado de significado. El globo, la tormenta, los hombres vestidos como en el siglo XIX, esa isla yerma y expuesta en la que habían aterrizado, y que probablemente no estaba tan desierta como ellos pensaban, donde constantemente ocurrían cosas misteriosas e inexplicables a su alrededor. Pero si había alguien más, ¿quién era? La respuesta llegó de repente casi al final de un episodio. Había alguien dentro de las grutas submarinas..., un montón de seres que parecían monos...; a la luz de las linternas que llevaban se intuían cabezas li-

sas cubiertas con máscaras..., parecían una especie de saurio, pero andaban erguidos...; a la espalda llevaban unos tubos...; uno de ellos se volvió, no tenía ojos...

No grité al verlo, pero el terror que me infundieron esas imágenes no desaparecía de mi mente; incluso a plena luz del día, cuando pensaba en esos buzos dentro de la gruta me sobrevénía el miedo. Y ahora mis pensamientos estaban a punto de convertirme en uno de esos seres. Mis soplidos se convirtieron en sus soplidos, mis pasos en sus pasos, mis brazos en sus brazos, y cuando cerraba los ojos, lo que veía eran sus rostros sin ojos. La gruta..., el agua negra..., la fila de buzos con linternas en las manos... Aquello me causó tanta impresión que ya no me servía el volver a abrir los ojos. Aunque veía que me encontraba en mi habitación, rodeado de mis cosas, el miedo no soltaba sus garras. Apenas me atrevía a parpadear por temor a que sucediera algo. Me senté rígido en la cama, cogí la cartera sin mirarla, eché un vistazo al horario, busqué el miércoles, leí lo que ponía, *mates, sociales, música*, me puse la cartera sobre las rodillas y hojeé mecánicamente los libros que había dentro. Hecho esto cogí el libro abierto de la almohada, me senté con la espalda apoyada en la pared y empecé a leer. Los segundos transcurridos entre cada vez que levantaba la vista se convirtieron poco a poco en minutos, y cuando mi padre gritó a las nueve en punto que la cena estaba lista, ya no era el miedo lo que me tenía agarrado, sino el libro. También me costó trabajo dejarlo.

Teníamos prohibido cortar nuestras rebanadas de pan y teníamos prohibido usar la cocina eléctrica, de manera que siempre eran mi padre o mi madre los que nos preparaban la cena. Cuando mi madre tenía turno de noche, mi padre lo hacía todo: en la cocina nos esperaban dos vasos de leche fría y dos platos con cuatro rebanadas de pan preparadas de antemano y metidas en el frigorífico. Al estar tan frías, eran difíciles de

comer, aunque el fiambre o el queso que les había puesto me gustaran. Si mi madre estaba en casa, los fiambres y los quesos se ponían en la mesa, de lo que nos encargábamos nosotros o ella, y eso significaba que podíamos elegir lo que se ponía en la mesa y lo que poníamos en las rebanadas, y además estaban a temperatura ambiente. Eso en sí era suficiente para darnos una sensación de libertad: podíamos abrir la puerta del armario, sacar los platos, que siempre tintineaban un poco, y colocarlos en la mesa; podíamos abrir el cajón de los cubiertos, que siempre hacía un poco de ruido, y colocar los cuchillos junto a los platos; podíamos poner los vasos, abrir la nevera, sacar la leche y servirla, y en realidad también podíamos abrir la boca y hablar. Lo uno seguía a lo otro cuando cenábamos con mi madre. Hablábamos de lo que nos ocurría, ella mostraba interés por lo que decíamos, y si manchábamos un poco la mesa de leche o dejábamos en el mantel la bolsita usada de té (ella nos preparaba de vez en cuando un té), no era grave. Pero aunque fuera nuestra participación en la comida lo que nos abría esa esclusa de libertad, era el grado de presencia de mi padre lo que regulaba la medida. Si él estaba fuera de casa, o abajo en el despacho, hablábamos en voz alta, con libertad y con los gestos y movimientos que queríamos; si él estaba subiendo la escalera, bajábamos automáticamente la voz y cambiábamos de tema de conversación si estábamos hablando de algo que suponíamos que no sería de su agrado; si él entraba en la cocina, dejábamos de hablar del todo y nos poníamos rígidos, como absortos en la comida; si él en cambio se sentaba en el salón, seguíamos hablando, pero en voz más baja y con más cuidado.

Esa noche eran los platos con las cuatro rebanadas preparadas de antemano lo que nos esperaba al entrar en la cocina. Una con queso marrón, es decir, de cabra, otra con queso amarillo, otra con sardinas en tomate y otra con queso de cominos. No me gustaban las sardinas, así que fue la rebanada que cogí primero. El pescado me repugnaba, el bacalao fresco hervido